hubieren hecho ó que pudieran hacerse. Para obtener la victoria, tan necesario es el ataque como la defensa. La refutacion es una parte integrante de la prueba.

La dialéctica completa el arte de investigar y demostrar la verdad, enseñando á combatir los sofismas y paralogismos, é indicando las causas del error.

2.—DE LOS MEDIOS DE AGRADAR Y CONMOVER.

§. 563.

El orador agrada y conmueve, combinando el elemento artístico con el científico ó filosófico, bebiendo sus inspiraciones en la pura fuente de lo bello, haciendo que la belleza exterior de su obra sea un reflejo de la verdad eterna y de la belleza moral, ordenando artísticamente el plan del discurso, impresionando vivamente la fantasía, ora excitando tiernos afectos, emociones gratas y tranquilas, ora removiendo profundamente las mas ardorosas y vehementes pasiones. Pero nunca debe echarse en olvido que el elemento científico y reflexivo constituye el verdadero fondo del discurso (§. 550).

§. 564.

En la oratoria, como en la arquitectura, el arte tiene que combinarse con la ciencia: el arquitecto tiene que sujetarse necesariamente á las leyes de la gravedad, y el orador á las del raciocinio. Las buenas proporciones, la simetría y la ornamentacion sirven para embellecer la ruda masa de los cuerpos que dan solidez al edificio.

Si el orador encierra en su corazon el gérmen de lo bello, por mas que tenga que sujetarse á las duras condiciones de un argumento dado, sabrá remontar el vuelo á las serenas regiones del arte, y adquirir cuasi la independencia del poeta. La forma es, por consiguiente, importantísima en el discurso oratorio. Mas adelante trataremos de ella con la debida extension.

§. 565.

De consiguiente, para agradar, conmover é interesar á un

auditorio, la primera entre todas las condiciones, es la importancia de la materia. Una cuestion frívola sobre cosas que ninguna relacion tengan con los grandes intereses del hombre y de la sociedad, es indigna de ocupar sériamente á una reunion de personas convocadas para oir la palabra de un orador. Pero la importancia de la materia debe relevarse por sí misma; los inconsiderados elogios del asunto, puestos en boca del orador, son un recurso oratorio harto trivial y manoseado, para que no merezca ser proscrito por la sana razon y el buen gusto.

Enitendum est, ut ostendas, in ea re quam defendas, aut dignitatem inesse, aut utilitatem; eumque, cui concilies hunc amorem, significes nihil ad utilitatem suam retulisse, ac nihil omnino fecisse causa sua. (Cic., *De orat.*, II, 51.) Hay materias que por ningun estilo pueden acomodarse á las formas artísticas ni á los apasionados movimientos del alma; pero el orador de talento y verdaderamente artista sabe realzar lo que á los ojos vulgares aparece insignificante, así como un mal orador reduce á mezquinas proporciones los asuntos mas llenos de grandeza.

§. 566.

Siendo la belleza exterior un reflejo de la verdad y de la belleza moral, es preciso que el auditorio se convenza de que el orador defiende los fueros de la razon y de la virtud; que sostiene lo verdadero y aconseja lo mejor. Ya en otro lugar se dijo (§§. 44 y 256) que la verdad y la bondad eran hermanas inseparables de la belleza. Lo que nos parece bueno y verdadero nos agrada por el mero hecho de considerarlo tal. Por esta razon el orador no puede ponerse en pugna con las verdades y sentimientos grabados en el humano pecho por la mano del Eterno; antes debe apoyarse en ellos, y fundar sobre tan firme asiento todo el edificio de su discurso.

Estos sentimientos y creencias generales son el lazo que une y estrecha las voluntades, componiendo un auditorio unánime de una multitud de personas distintas en inclinaciones y gustos. La habilidad del orador consiste en saber descubrir este verdadero centro de gravedad del mundo moral.

§. 567.

La idea elevada que el auditorio se forme del talento del orador es otro de los resortes mas á propósito para cautivar la atencion. El entendimiento humano, de suyo lento y perezoso, y por otra parte crédulo y lleno de confianza, propende naturalmente á descansar en la fe de los hombres, anhela un guia que le dirija, que le ayude á salvar de un salto grandes distancias.

El orador, y otro tanto pudiéramos decir de todo escritor público, es un hombre que piensa y siente por cuenta del público; que solo para sí reserva el cansancio, y comparte con todos los que le acompañan la utilidad y los placeres del viaje. La observacion de un escritor contemporáneo, de que una vez obtenidos los primeros triunfos y formada ya la reputacion literaria, el público conceptúa bueno lo que no pasa de mediano, es ingeniosa y exactísima. Un orador de mérito, universalmente reconocido, obtiene el general respeto, y los mismos que desconocen ó niegan sus altas prendas oyen su palabra con avidez.

§. 568.

Con mas razon nos cautivan y embelesan las buenas prendas morales. Cuando vemos sostenida una causa por un hombre que, además de su talento, se distingue por sus virtudes, creemos, sin tomarnos la pena de examinarlo, en la bondad misma de la causa. Así como en el discurso oratorio nos ofenderia todo lo que tendiese á rebajar en nuestro concepto las prendas intelectuales del orador, con mucha mas razon nos repugnaria lo que nos revelase algun defecto ó vicio de su corazon. Las buenas prendas morales del orador, mas, si cabe, que el talento, han de traslucirse en toda la obra, y esto es lo que recomiendan con tanto empeño los retóricos al tratar de lo que se ha llamado *costumbres oratorias*.

Denique hoc omne bonum et comem virum poscit : quas virtutes cum etiam in litigatore debeat orator, si fieri potest, approbare, utique ipse aut habeat, aut habere credatur : sic proderit plurimum causis, quibus ex sua bonitate faciet fidem : nam qui, dum dicit, malus esse videtur, utique male dicit. (Quint., vi, 2.)

Tantum autem efficitur sensu quodam, ac ratione dicendi, ut quasi mores oratoris effingat oratio. Genere enim quodam sententiarum, et genere verborum, adhibita etiam actione leni, facilitatemque significanti, efficitur ut probi, ut bene morati, ut boni viri esse videantur. (Cic., *De oratore*, ii, 43.)

§. 569.

De la misma manera que nos interesan y cautivan la belleza moral de la obra y la del orador, asimismo nos atrae y conmueve la belleza moral de las personas en favor de las cuales este manifiesta simpatía. Realzando las buenas dotes y virtudes del defendido, y pintando con viveza su inocencia, se consigue tambien agradar é interesar á los oyentes y jueces, y á veces este medio es, segun advierte Ciceron, tan eficaz como la justicia misma de la causa. Por la misma razon refluye en beneficio propio todo lo que, sin detrimento de las cualidades morales del orador, tiende á desautorizar la palabra del adversante y de sus defensores.

Ciceron dice, hablando de los clientes : *Horum igitur exprimere more oratione justos, integros, religiosos, timidos, perferentes injuriarum, mirum quiddam valet; et hoc vel in principiis, vel in re narranda, vel in peroranda, tantam habet vim, si est suaviter et cum sensu tractatum, ut sæpe plus, quam causa, valeat.* (De orat., ii, 43.)

Decimos sin *detrimento de las cualidades morales del orador*, porque si en sus acusaciones ó imputaciones se descubre orgullo, falta de respeto, envidia ó malevolencia, producirá un efecto totalmente contrario al que intentaba producir. Fundado en estas razones, encarga Ciceron que cuando nos veamos en la precision de reprender ó acusar, léjos de manifestar complacencia, parezca que lo hacemos obedeciendo á la penosa ley de la necesidad.

El orador antiguamente, dando excesiva desenvoltura á la sátira personal, procuraba excitar contra su adversario ó sus defendidos el odio, la envidia ó el desprecio de los jueces, exagerando su vicios, su crédito, sus riquezas, etc. Esta licencia, además de repugnar á nuestras costumbres, perjudicaria mas al ofensor que al ofendido.

§. 570.

Las emociones que excitan en el auditorio las buenas cualidades de la obra, del orador y del cliente, son por lo regular dulces y tranquilas; pero á veces el interés del asunto requiere que se remuevan y agiten los afectos mas vehementes, hasta el punto de

causar una verdadera perturbacion en el espíritu. Estos animados y enérgicos movimientos de simpatía ó antipatía hácia un objeto, excitados en el alma del auditorio por la ardiente palabra del orador, reciben el nombre de *pasiones oratorias* (§§. 13 y 39). Se da el nombre de *patéticos* á los discursos ó pasajes del discurso en que se penetran vivamente los ánimos, concitando las pasiones.

La palabra *pasion* en moral indica una disposicion permanente del alma, una habitual tendencia á ciertos objetos. En literatura la voz *pasion* supone una agitacion transitoria del corazon, producida por los objetos que hieren vivamente la fantasía (§§. 13 y 39). Ciceron (*De orat.*, II), y Quintiliano, al tratar de las pasiones, hablan de la imaginacion. *At quomodo fiet, ut afficiamur? neque enim sunt motus in nostram potestatem : tentabo etiam de hoc dicere : quas* PHANTASIAS *Græci vocant, nos sane visiones apellemus..... Has quisquis bene conceperit, is erit in affectibus potentissimus.* (QUINT., VI, 2.)

Ciceron distingue perfectamente la emocion agradable que nace de las costumbres oratorias y de la belleza de la obra, y los movimientos apasionados que constituyen el patético propiamente dicho; pero al propio tiempo reconoce sus puntos de afinidad. *Et ut altera illa pars orationis, quæ probitatis commendatione boni viri debet speciem tueri, lenis (ut sæpe jam dixi) atque summissa; sic hæc, quæ suscipitur ab oratore ad commutandos animos atque omni ratione flectendos, intenta ac vehemens esse debet.* (DE ORAT., II, 52 y 53.) Véase tambien á Quintiliano, lib. VI, 2.

§. 571.

En el discurso, no solamente es lícito concitar las pasiones, sino que así debe hacerse siempre que el asunto lo permita, porque este es el medio mas seguro de hacerle interesante, y de triunfar de la voluntad de los oyentes. Las pasiones, en la oratoria, producen el mismo placer estético que en el drama. Y como en la oratoria no se trata de ficciones, sino de cosas reales y positivas, en igualdad de circunstancias, las emociones son mucho mas enérgicas, y en los momentos en que dominan á un auditorio, le persuaden con mas fuerza que las mejores razones. Vosio dice que las pasiones producen en nosotros el mismo efecto que el viento en la nave. Ciceron funda en ellas todo el poder de la elocuencia: *in quo sunt omnia* (§. 518).

Nihil est enim in dicendo, Catule, majus, quam ut faveat oratori is, qui audiet, utque ipse sic moveatur, ut impetu quodam animi et perturbatione magis, quam judicio, aut consilio, regatur. Plura enim multo homines judicant odio, aut amore, aut cupiditate, aut iracundia, aut dolore, aut lætitia, aut spe, aut timore, aut errore, aut aliqua permotione mentis, quam veritate, aut præscripto, aut juris norma aliqua, aut judicii formula, aut legibus. (CIC., *De orat.*, II, 42.)

Sed tantam vim habet illa, quæ recte à bono poeta (Pacuvio) dicta est «flexamina, atque omnium regina rerum, oratio», ut non modo inclinantem impellere, aut statem inclinare, sed etiam adversantem et repugnantem, ut imperator bonus ac fortis, capere possit. (ID., 44.)

Huc igitur incumbat orator, hoc opus ejus, hic labor est, sine quo cætera nuda, jejuna, infirma, ingrata sunt : adeo velut spiritus operis hujus atque animus est in affectibus. (QUINT., VI, 2.)

§. 572.

El hombre aspira naturalmente al bien y huye del mal; el placer le atrae, y le repele el dolor. Atraccion y repulsion, amor y odio; todos los fenómenos de la sensibilidad, todas las pasiones se refieren á alguna de estas dos tendencias opuestas del ánimo. Una análisis profunda de las pasiones dará á conocer sus causas y efectos, y por consiguiente, los medios de excitarlas y calmarlas; pero lo que mas le conviene al orador, es estudiarlas prácticamente en el teatro del mundo y en las obras de los grandes poetas y oradores. Poco es lo que sobre esta materia puede enseñar la retórica; pero es indudable que la sensibilidad, aunque no tanto como la inteligencia, es capaz de cierta educacion.

Aristóteles en el libro segundo de su *Retórica* habla extensamente de las pasiones que mas frecuentemente se excitan en el discurso oratorio: la cólera, la mansedumbre, el amor, el odio, el temor, la confianza, la vergüenza la impudencia, la caridad, la compasion, la indignacion, la envidia, la emulacion. Ciceron (*De orat.*, lib. II) imita su ejemplo; pero Quintiliano (lib. VI, 2) no entra en semejantes pormenores, que ciertamente son mas propios de un tratado de Etica. Añadiendo á las observaciones de Aristóteles las de Descártes en su *Tratado de las pasiones*, se tendrá una cabal idea de cuanto acerca de este asunto contienen vulgarmente los libros de retórica.

§. 573.

Excitamos el amor haciendo ver la utilidad y bondad de los ob-

jetos; excitamos, por el contrario, el odio, demostrando sus malas cualidades ó efectos perniciosos. Describiendo los males que nos amenazan, ó que oprimen á nuestros semejantes, produciremos el temor, el terror, la compasion; pintando con vivos colores la imágen de un bien presente ó futuro, promoveremos la alegria, el deseo, la esperanza, etc. Pero la principal condicion para conmover á los demás es estar conmovido: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.*

Neque fieri potest, ut doleat is, qui audit, ut oderit, ut invideat, ut pertimescat aliquid, ut ad fletum misericordiamque deducatur; nisi omnes ii motus, quos orator adhibere volet judici, in ipso oratore impressi esse atque inusti videbuntur. Quod si fictus aliquis dolor suscipiendus esset, et si in ejusmodi genere orationis nihil esset, nisi falsum, atque imitatione simulatum, major ars aliqua forsitan esset requirenda..... Ut enim nulla materies tam facilis ad exardescendum est, quæ, nisi admoto igni, ignem concipere possit: sic nulla mens est tam ad comprehendendam vim oratoris parata, quæ possit incendi, nisi inflammatus ipse ad eam, et ardens accesseris. (Cic., *De orat.*, II, 45.)

Summa enim (quantum ego quidem sentio) circa movendos affectus in hoc posita est, ut moveamur ipsi. (Quint., VI, 2.)

§. 574.

No se crea, sin embargo, que baste estar conmovido para trasmitir la emocion. Para esto, además de una disposicion natural, que no siempre acompaña á los que gozan de la sensibilidad mas exquisita, se requiere arte y práctica. Ni tampoco son siempre idénticas las pasiones de que está poseido el orador y las que comunica al auditorio. La calma y la sangre fria del orador pueden excitar en los oyentes el terror ó la indignacion; y vice-versa, la compasion, la cólera, el entusiasmo, pueden ocasionar la frialdad, el desprecio, la risa.

Recuérdese la diferencia establecida por Marmontel entre el patético directo y el indirecto (§. 39), á los cuales podriamos añadir el patético de accion. Ninguna parte del discurso merece tan especial cuidado como la patética, y sobre todo, el patético directo. *Illud præcipue monendum, ne quis nisi summis ingenii viribus ad movendas lacrymas aggredi audeat: nam, ut est longe vehementissimus hic, quum invaluit, affectus, ita, si nihil efficit,*

tepet; quem melius infirmus actor tacitis judicum cogitationibus reliquisset. Nam et vultus et vox, et ipsa illa excitati rei facies, ludibrio etiam plerumque sunt hominibus, quos non permoverunt: quare metiatur ac diligenter æstimet vires suas actor, et, quantum onus subiturus sit, intelligat: nihil habet ista res medium, sed aut lacrymas meretur, aut risum. (Quint., VI, 1.)

§. 575.

Cuando se trate de concitar vivamente los afectos del ánimo, antes que todo, debe examinarse si lo consienten la materia del discurso, las circunstancias y las disposiciones del auditorio; porque en ninguna parte como en la patética nos perjudicaria tanto la falta de oportunidad (§§. 214 y 219). En una causa de poco interés serian ridículos los grandes movimientos patéticos, é igual impresion causarian los afectos del orador si estuviesen en completa disonancia con los de los oyentes.

Un auditorio se presta fácilmente á oir la verdad y las razones en que se funda; pero no siempre se halla en estado de experimentar las pasiones con que intenta enardecerle el orador; antes muchas veces se agita dominado por sentimientos totalmente contrarios. La razon obedece forzosamente á las leyes de la dialéctica; la sensibilidad es en extremo caprichosa y variable. *Argumentum enim ratio ipsa confirmat, quæ simul atque emissa est, adhærescit.* (Cic., *De orat.*, II, 53.)

Equidem primum considerare soleo, postuletne causa: nam neque parvis in rebus adhibendæ sunt hæ dicendi face, neque ita animatis hominibus, ut nihil ad eorum mentes oratione flectendas proficere possimus, ne aut irrissione, aut odio digni putemur, si aut tragœdias agamus in nugis, aut convellere adoriamur ea, quæ non possint commoveri. (Cic., *De orat.*, II, 51.)

Nam in parvis quidem litibus has tragœdias movere tale est, quale si personam Herculis et cothurnos aptare infantibus velis. (Quint., VI, 1.)

§. 576.

Las transiciones han de ser lentas, á menos que las circunstancias del momento exijan lo contrario. Si el auditorio se halla tranquilo, se le conducirá gradualmente á los movimientos rápidos y apasionados; si está lleno de entusiasmo, ó arrebatado por la pasion, no debe descenderse inopinadamente á un estilo frio y sosegado. En el primer caso el orador pareceria un declamador,

un loco, *vinolentus, inter sobrios;* en el segundo se haria pesado é insoportable.

In utroque autem genere dicendi, et illo, in quo vis atque contentio quæritur, et hoc, quod ad vitam et mores accommodatur, et principia tarda sunt, et exitus tamen spissi et producti esse debent. Nam neque assiliendum est ad illud genus orationis; abest enim totum a causa, et homines prius ipsum illud, quod propium sui judicii est, audire desiderant: nec, quum in eam rationem ingressus sis, celeriter discedendum est. (Cic., *De orat.*, II, 53.)

§. 577.

La emocion blanda y tranquila, que nace de la belleza de la obra y de las costumbres oratorias, debe difundirse agradablemente por todo el cuerpo de la oracion; mas no debe insistirse obstinadamente en los afectos sublimes, ardientes é impetuosos, porque estas conmociones fuertes y profundas colocan el ánimo de los oyentes en una situacion violenta, que con suma facilidad se convierte en empalagoso y frio cansancio. En los mismos pasajes en que el orador se manifieste mas arrebatado conservará siempre cierta serenidad propia del arte y de la razon. El entusiasmo artístico no debe confundirse con el ciego furor de un loco.

Nunquam tamen debet esse longa miseratio; nec sine causa dictum est, «Nihil facilius, quam lacrymas, inarescere.» Nam, quum etiam veros dolores mitiget tempus, citius evanescat necesse est illa quam dicendo effinximus, imago; in qua si moramur, lacrymis fatigatur auditor, et requiescit, et ab illo, quem ceperat, impetu ad rationem redit. Non patiamur igitur frigescere hoc opus, et affectum, quum ad summum perduxerimus, relinquamus; nec speremus fore, ut aliena quisquam diu ploret: ideoque cum in aliis, tum maxime in hac parte debet crescere oratio, quia, quidquid non adjicit prioribus, etiam detrahere videtur, et facile deficit affectus, qui descendit. (Quint., VI, 1.)

Commotis autem animis, diutius in conquestione morari non oportebit. Quemadmodum enim dixit rhetor Apollonius, «lacryma nihil citius arescit.» (Cic., *De invent.*, I, 55.)

Adjiciunt quidam peritorum, PATHOS, *temporale esse: quod ut accidere frequentius fateor, ita nonnullas credo esse materias, quæ continuum desiderent affectum.* (Quint., VI, 2.)

Marmontel recomienda que el patético indirecto preceda al directo, y afirma además que solo cuando los ánimos están ya persuadidos y dispuestos á

recibir la última impulsion, es cuando, en el supuesto de que la importancia de la causa lo permita, debe manifestarse muy apasionado el orador. «Nos cuesta mucho, dice, creer que el hombre apasionado sea sincero y justo; si nos entregamos á él por el afecto, desconfiamos de él por reflexion.»

§. 578.

Para calmar las pasiones ó destruir el efecto que hubiesen producido en el auditorio, unas veces convendrá excitar pasiones contrarias, otras veces se opondrá el lenguaje frio de la razon y la serena tranquilidad de espíritu; otras, por fin, la ironía ó el ridículo. Pero el uso de estos dos últimos medios requiere suma prudencia: uno y otro revelan á veces desmedido orgullo ó perversidad de corazon, y son impropios, si no se tratan con mucha delicadeza, del carácter respetuoso y grave que debe distinguir al orador. Por el contrario, cuando se emplean con tino y mesura, sazonan agradablemente el discurso, y sirven poderosamente para cautivar la atencion.

Illa autem, quæ aut conciliationis causa leniter, aut permotionis vehementer aguntur, contrariis commotionibus inferenda sunt, ut odio benivolentia, misericordia invidia tollatur. (Cic., *De orat.*, II, 53.)

Est autem, ut ad illum tertium veniam, est plane oratoris movere risum; vel quod ipsa hilaritas benivolentiam conciliat ei, per quem excitata est; vel quod admirantur omnes acumen, uno sæpe in verbo positum, maxime respondentis, nonnunquam etiam lacessentis; vel quod frangit adversarium, quod impedit, quod elevat, quod deterret, quod refutat; vel quod ipsum oratorem politum esse hominem significat, quod eruditum, quod urbanum, maximeque quod tristitiam ac severitatem mitigat et relaxat, odiosasque res sæpe, quas argumentis dilui non facile est, joco risuque dissolvit. (Cic., *De orat.*, II, 58.) En el citado libro segundo *De oratore* (54-72) trata Ciceron del ridículo con una prolijidad excesiva, en lo cual siguió sus huellas Quintiliano (VI, 3). Ambos pasajes están llenos de observaciones delicadísimas, y de pormenores de escaso valor.

A veces puede mas un chiste que una razon.

Ridiculum acri
Fortius et melius magnas plerumque secat res.
(Hor., lib. I, sat. 10.)

Pero este medio es siempre peligroso, ya por la oportunidad y espontaneidad que requiere, ya porque fácilmente puede convertirse contra el mismo que lo emplea. Demóstenes lo empleó pocas veces, y Ciceron, que lo ma-

nejaba con tanta destreza y prodigalidad, no dejó de experimentar sus inconvenientes al oir esta lacónica réplica : *Lepidum habemus consulem.*

§. 579.

Otro de los medios mas á propósito para conciliarse la voluntad del auditorio, es el respeto, la consideracion y el amor que el orador le tributa, ó tributa á las personas que merecen su comun estimacion. Por esto en muchos discursos se ensalzan y ponderan la ilustracion, la rectitud, la imparcialidad de los oyentes. No obstante, nada es tan frio é insípido cuando no pasa de un simple artificio retórico, ni nada tan indigno y repugnante cuando toma visos de rastrera adulacion.

El público no es insensible á la voz del amor propio ; el público, como los individuos que lo componen, tiene sus inclinaciones y sus pasiones : ama y aborrece. En las asambleas políticas, donde las ideas y los intereses de partido muy frecuentemente se personifican, la adulacion personal hace muchas veces el efecto de los mas poderosos argumentos. Cuando los elogios son exagerados, es fácil que el auditorio perciba el engaño, en cuyo caso dan un resultado enteramente contrario al que iban encaminados, porque tienen trazas de burla y llevan consigo la ridiculez.

§. 580.

Basta lo dicho, para que se comprenda cuánto deberá esmerarse el orador prudente en evitar todo lo que, léjos de agradar, pudiera indisponer los ánimos de los oyentes. Conviene pues que, además de atraerse la general simpatía por los medios indicados, observe las *precauciones oratorias.*

«Doy el nombre de *precauciones oratorias,* dice Rollin, al miramiento y consideraciones que debe guardar el orador para no ofender la delicadeza de los oyentes, á ciertos giros artificiosos de que se vale para expresar lo que de otro modo pudiera parecer duro ó chocante.»

La falta de respeto á las cosas é instituciones venerandas, así como á las personas que por su saber, por su dignidad ó por su virtud fueren dignas de la general estimacion, además de la desagradable sensacion que causaria, daria un mal concepto de las dotes intelectuales y morales del orador.

El orador, como toda persona bien educada, no puede faltar á las consideraciones sociales, que son uno de los mas señalados distintivos de los países cultos y civilizados. La franqueza de la verdad puede degenerar en grosería cuando no se templa convenientemente lo áspero de la expresion. Un diputado ó un ministro hablando de una nacion extranjera, un abogado pidiendo la anulacion de una sentencia, un hijo litigando contra su madre, un orador sagrado increpando á los enemigos de la religion, dirán la verdad de manera que no lastimen la generosidad de sentimientos de que todo pecho noble se precia. Dirigiéndose el orador á la plebe, y en épocas de agitaciones y revueltas, podrá y deberá emplear formas mas acres y violentas; pero tampoco en este caso apelará en vano á los nobles sentimentos, que pocas veces dejan de encontrar eco hasta en los corazones mas corrompidos. En la oracion *pro Ligario* puede verse la contestacion delicada de Ciceron al cargo que Tuberon dirigia contra todos los que habian hecho armas contra César.

§. 581.

Finalmente, ni el error mismo, ni las preocupaciones pueden muchas veces combatirse frente á frente. Cuando están hondamente arraigados en el alma de las personas á quienes se intenta persuadir, es indispensable que el artificio y la cautela consigan lo que de ningun modo podria obtenerse con la sola fuerza del razonamiento. Entonces se vale el orador de la *insinuacion*, que consiste en penetrar suavemente en los ánimos por medios indirectos y afectuosos, avasallando de este modo la opinion y las voluntades.

Insinuatio est oratio quadam dissimulatione et circuitione obscure subiens auditoris animum. (Cic., *De invent.*, I, 15.) *¡Atenienses!* exclamaba Demóstenes ; *yo quisiera agradaros, mas prefiero salvaros.* No en todas ocasiones, ni todos los oradores pueden presentarse con ese brio y franqueza, sino que muchas veces debe cederse en apariencia, empleando la astucia en lugar de la fuerza. *Insinuatione utendum est cum animus auditoris infestus est.* (*De invent.*, I, 17.) Aconseja Ciceron que en tales circunstancias se le presente al auditorio un objeto que le interese, demostrando luego la íntima relacion que le une con el que tratamos de proponer. Su discurso contra la ley *agraria* es uno de los mejores ejemplos que pueden citarse. Plinio, al ensalzar este triunfo de la elocuencia, exclama entusiasmado : *Te dicente, legem agrariam, hoc est alimentum suum, abdicaverat tribus!*